

Declarando el Nombre de Dios

Aún no hemos terminado la consideración de las palabras de Cristo: *“Declararé tu nombre a mis hermanos”*. De hecho, nunca podremos llegar al final, pero el presente artículo concluirá nuestro estudio del texto. Leamos la conexión nuevamente.

“Porque tanto el que santifica como los que son santificados, todos son de uno; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: Declararé tu nombre a mis hermanos; en medio de la iglesia te alabaré. Y otra vez: Yo confiaré en Él. Y otra vez: He aquí, yo y los hijos que Dios me ha dado”. (Hebreos 2.11-13)

Ya hemos visto las circunstancias bajo las cuales se pronuncian estas palabras, y que son pronunciadas por Cristo como hombre, para los hombres. Las habló en la más profunda angustia y tentación, para que también nosotros, o más bien que Él en nosotros, pudiéramos hacer la misma declaración. Porque siempre debemos recordar que Él cargó con nuestros pecados, y que el hecho de que Él venció es prueba de que nosotros también podemos. Creer que Cristo venció en la carne hace 1800 años es creer que Él puede vencer en nosotros ahora a pesar de nuestros pecados y debilidades, ya que los pecados con los que tenemos que contender son los mismos que Él soporta. Pero a pesar de ellos, Él declaró el nombre del Señor.

¿Qué es el Nombre del Señor?

En la Biblia vemos que los nombres tienen significado. Entre nosotros, los nombres son meramente una cuestión de conveniencia, pero no así con Dios. Cada vez que Él da un nombre a una persona, ese nombre describe el carácter de la persona. El nombre *“Jesús”* fue dado al Salvador porque la palabra significa Salvador, y eso es exactamente lo que Jesús es. Él es Salvador en su mismo ser. Es un Salvador completo, y nada más que Salvador. Él salva por su vida, su misma existencia. (Romanos 5.10). Su nombre, por lo tanto, significa exactamente lo que Él es, de modo que somos salvos por su nombre. (Hechos 4.12)

Jacob recibió su nombre porque la palabra significaba *“suplantador”*, es decir, uno que agarra a otro por los talones, o por las plantas de los pies, y lo hace tropezar, y Jacob tomó a su hermano por el talón al nacer. El nombre le calzaba exactamente, porque entendía bien cómo aprovecharse de sus semejantes, y así lo hizo; pero cuando obtuvo una victoria completa sobre su mala disposición, Dios le dio el nombre *“Israel”*, que significa guerrero, príncipe.

Así, el nombre de Dios indica precisamente lo que Él es: su carácter. *“Torre fuerte es el nombre de Jehová”* (Proverbios 18.10), porque el Señor mismo es una *“fortaleza”* y una *“torre alta”*. (Salmo 18.2). Para Dios, las palabras son cosas, como lo indica el hecho de que en la Biblia hebrea tenemos una sola palabra para las dos palabras inglesas *“word”* (palabra) y *“thing”* (cosa). El nombre de Dios no es un mero sonido vacío, sino la personalidad

misma de Dios. Por lo tanto, cuando Cristo dice: *“Declararé tu nombre a mis hermanos”*, es lo mismo que si hubiera dicho: *“Les revelaré tu carácter”*. La razón por la que la gente no confía en el Señor es que no lo conoce. Algunos nunca consentirán en familiarizarse con Él, pero aquellos que lo hagan confiarán en Él, porque la Palabra dice: *“Jehová será también refugio del oprimido, refugio en tiempos de angustia. Y en ti confiarán los que conocen tu nombre; por cuanto tú, oh Jehová, no desamparaste a los que te buscaron”*. (Salmo 9.9, 10, R.V.)

Cristo, el Representante del Padre

“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer”. (Juan 1.18). Esto es lo mismo que se dice en nuestro texto: *“Declararé tu nombre”*. Al declarar el nombre de Dios, Cristo declara a Dios mismo. Y lo hace porque Él es *“el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”*. (Hebreos 1.3, R.V.). Por lo tanto, Dios dijo de Él: *“Mi nombre está en Él”*. (Éxodo 23.21)

Antes de nacer en este mundo, Jesús recibió el nombre de *“Emmanuel”*, que interpretado es *“Dios con nosotros”*. (Mateo 1.23). Eso es lo que Él es; su presencia es Dios con nosotros. Así que cuando Felipe le dijo: *“Señor, muéstranos el Padre, y nos basta”*, Jesús pudo decir: *“¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí”*. (Juan 14.5-11). *“Por cuanto agradó al Padre que en Él habitase toda plenitud”*, incluso *“toda la plenitud de la Deidad”*. (Colosenses 1.19; 2.9)

Debido a que Cristo vino, no en su propio nombre, sino en el nombre del Padre —porque *“Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo”* (2 Corintios 5.19)— sus palabras y obras —su propia vida— eran del Padre, y no suyas. *“Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy (Él), y que nada hago por mí mismo; sino que según me enseñó el Padre, así hablo estas cosas”*. (Juan 8.28). *“Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta; sino que el Padre que mora en mí, Él hace las obras”*. (Juan 14.10). Él vivió por el Padre (Juan 6.57), su vida no era sino la vida de Dios en Él en su plenitud, de modo que se pudo decir que Dios compró la iglesia *“con su propia sangre”*. (Hechos 20.28)

Nosotros en Lugar de Cristo

Jesús dijo: *“Y ya no estoy en el mundo; mas estos están en el mundo”*. (Juan 17.11). También dijo: *“No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”*. (Juan 17.14). El que registró estas palabras dijo: *“Como Él es, así somos también nosotros en este mundo”*. (1 Juan 4.17). Y Cristo dijo en la misma oración a la que se acaba de hacer referencia: *“Como tú me enviaste al mundo, así también yo los he enviado al mundo”*. (Juan 17.18)

Por lo tanto, estamos en el mundo con el mismo propósito que Jesús: a saber, declarar el nombre de Dios, para representar el propio carácter de Dios al mundo. Nótese la similitud de Juan 1.18 y 1 Juan 4.12, 13. El primero dice: *“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer”*. El segundo es: *“A Dios nadie le ha visto*

jamás. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros. En esto conocemos que permanecemos en Él, y Él en nosotros, porque nos ha dado de su Espíritu". Nadie ha visto a Dios en ningún momento, pero Cristo vino al mundo para revelarlo. Pero ahora por *"un poco de tiempo"* (Juan 16.16) Cristo es invisible, y por lo tanto el mundo debe aprender el carácter de Dios a través de los seguidores de Cristo. Mientras ellos permanezcan en amor, también están *"en el seno del Padre"*, de modo que también ellos pueden declararlo.

Cristo fue lleno de toda la plenitud de Dios, pero fue como *"el Hijo del hombre"*. Fue *"Dios con nosotros"*, es decir, Dios con el hombre. Lo mismo es para nosotros, pues el apóstol Pablo, por dirección del Espíritu, oró por nosotros: *"Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios"*. (Efesios 3.16-19). Aunque Cristo estuvo aquí para representar a Dios ante los hombres, también estuvo aquí como el Hombre representativo, para mostrar lo que los hombres deberían ser y lo que, por la gracia de Dios, pueden ser.

Por lo tanto, Dios nos ha dado la misma palabra para hablar que le dio a Cristo. *"Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus transgresiones, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios"*. (2 Corintios 5.19, 20). La exhortación es: *"Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios"*. (1 Pedro 4.11)

No solo Dios nos ha dado la misma palabra para hablar que le dio a Cristo, sino que nos ha dado la misma obra. *"De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre"*. (Juan 14.12)

Cristo fue y es el resplandor de la gloria de Dios, y la imagen misma de su sustancia. (Hebreos 1.3). Pero Él dice: *"La gloria que me diste, yo les he dado"*. (Juan 17.22). Él es coronado de gloria y honor, para poder llevar *"muchos hijos a la gloria"*. En Él *"nos vestimos del nuevo hombre, el cual conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno"*. (Colosenses 3.10). En Cristo, por lo tanto, nosotros también hemos de ser la imagen o impronta misma de la sustancia del Padre. En 2 Corintios 3.17, 18, tenemos la imagen y la gloria unidas, así: *"Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor"*.

Todo esto, sin embargo, es por virtud de Cristo, y no de nosotros, *"porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que ha resplandecido en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros"*. (2 Corintios 4.6, 7)

Esto es declarar el nombre de Dios: representar su carácter al mundo a través de la morada del Espíritu. Así como Él puso su nombre en Cristo, así pone su nombre en nosotros, porque aquellos que son salvos tienen el nombre del Padre escrito en sus frentes.

(Apocalipsis 14.1). Y esto es cierto no solo para unos pocos, sino para todos; porque la promesa es sin limitación: *“Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo”*.

(Apocalipsis 3.12). Esto no es algo que se haga solo al final, sino que tiene lugar ahora, porque aquí y ahora debemos vencer. Ahora es cuando somos *“edificados juntamente para morada de Dios en el Espíritu”*, creciendo *“para ser un templo santo en el Señor”* (Efesios 2.21, 22), y la Jerusalén de arriba es ahora nuestra madre (Gálatas 4.26), de modo que incluso ahora tenemos su nombre.

¿Qué más podría hacer Dios que no haya hecho ya? Bien puede el apóstol orar para que los ojos de nuestro entendimiento sean iluminados por el Espíritu, para que conozcamos la esperanza de su llamamiento. No es poca cosa a lo que Dios nos ha llamado.

Dios se revela en sus obras, y lo ha hecho desde la creación del mundo. (Romanos 1.19, 20). Incluso el *“eterno poder y deidad”* de Dios se ven en las cosas que Él ha hecho, en las cuales el hombre debe ser incluido. Pero el hombre se ha rebelado y hace todo lo posible por desfigurar la imagen para no representar a Dios. Otras cosas, sin embargo, son obedientes a la voluntad de Dios, de modo que en las estaciones cambiantes y en la tierra fructífera Dios tiene testigos. (Hechos 14.17). Sin embargo, esto no es suficiente. No solo por una parte de su creación, sino por el todo, debe ser representado Dios; y el testimonio del amor, el poder y la divinidad de Dios no será completo hasta que el hombre, la obra principal de Dios, lo represente en su plenitud. Que esto se logre es el objetivo por el cual Cristo tiene una iglesia en el mundo.

Debido a que la iglesia no ha conocido y apreciado su llamamiento, muchas almas sinceras dudan del carácter de Dios, e incluso de su misma existencia. Pero nótese de nuevo los versículos con los que empezamos a ver cuál es el resultado de esta declaración del nombre de Dios en las vidas del pueblo de Cristo. El nombre de Dios es declarado a través de la confianza que ellos depositan en Él, y el resultado se expresa así: *“He aquí, yo y los hijos que Dios me ha dado”*. (Hebreos 2.13). Es decir, cuando el pueblo profeso de Dios declara su nombre tal como lo hizo Cristo, y como Él ahora espera hacerlo a través de ellos por el Espíritu Santo, entonces el mundo pronto será iluminado con la gloria del Señor (Apocalipsis 18.1) y podrán ver el resultado de su testimonio en las almas que están preparadas para encontrarse con su Dios.

Dale a Dios tus momentos, y Él hará que tu día sea un éxito.